

# NOSOTROS CONTRA EL CAOS

Uno de los más grandes motivos de pasmo que podrían darse en España, sería una inteligente reacción política del actual ministro de Trabajo. Tampoco esta vez el señor Jiménez de Parga ha dado la talla. El señor Jiménez de Parga ha arremetido airado contra los empresarios catalanes, reunidos en el polideportivo del Barcelona Club de Fútbol. Diez mil empresarios le parecen una *minoría* al albo ministro. Es evidente que ha asimilado a la perfección la metodología centro-marxista en materia informativa: jibarizar lo adverso y agigantar lo propicio. Con la asamblea empresarial ha intentado el ministro de Trabajo lo mismo que ciertos medios informativos oficiales con el funeral de esta mañana por el comandante Imaz, la manifestación antiseparatista de Pamplona, el pronunciamiento popular de la Plaza de Oriente, etc.

La incontinencia cordial del señor Jiménez de Parga, no obstante, ha permitido valorar en su justa dimensión la importancia política de la terminante y solidaria acusación empresarial. Y es que el señor Jiménez de Parga —¡oh, infeliz de él!— había llegado a creerse la propaganda del señor Suárez sobre «los pactos de la Moncloa», cuyo texto íntegro acaba de editar la Presidencia del Gobierno, a 50 pesetas ejemplar. Leído sin el apremio periodístico, el contenido de «Los pactos de la Moncloa» confirma plenamente su dimensión irreversible de cuento de la buena pipa.

Sólo le faltaba al Gobierno Suárez el autotorpedo del señor Jiménez de Parga, cuya imagen política no difiere mucho de la asignada a don Tancredo en las charlotadas. El señor Suárez está recibiendo en estos días más golpes que la selección española de fútbol en Belgrado. Los empresarios le han plantado un directo en pleno rostro. Las sindicales obreras se le han despatarrado. El PCE le ha puesto una soletilla traicionera, muy propia de la casa. El PSOE le hace la cama con cinismo insuperable. El confesionalismo adherido a UCD se le repucha. La Unión Soviética, a través de ETA y GRAPO, le ha colocado dos cadáveres enojosísimos sobre la mesa. El general Haig le ha advertido muy seriamente sobre los riesgos del amancebamiento con el marxismo, más aun en tiempos de crisis y con el Estrecho de Gibraltar a punto de arder. Las cancillerías europeas le envían recados poco gratos. La Bolsa le trabaja otra vez el hígado. El laicismo de los liberales y socialdemócratas, aliado a la torpeza de los «tácitos» y otros neoclericales, ha hecho reventar los esquemas de la Nunciatura y ha forzado las primeras medidas de beligerancia activa de la CEE. Este somero repaso justifica con creces que RTVE se haya lanzado en picado, como buitre escuálido, sobre el gol de Rubén Cano en Yugoslavia. Ese gol es el único asidero político que hoy tiene el señor Suárez para ocupar a los españoles en cosa distinta de sus gravísimas y perentorias preocupaciones.

He dejado para tratamiento aparte el tema de la crónica del «Washington Post». El instrumento periodístico del Watergate, le ha enviado al gobierno Suárez un torpedo más consistente y bien dirigido que el de la Iglesia. De su poder destructor da buena idea el hecho democráticamente insólito del recurso a la protesta diplomática. Y eso que el «Washington Post» se limitó a contar una parte sólo de lo que piensan varios millones de españoles y comienzan a sospechar los restantes millones. Esa protesta intempestiva y la entrada en juego de los canales secretos de *imagen* (Véase la «Hoja Informativa número 2» del titulado «Comité Anticorrupción»), explayan una declaración inequívoca de debilidad suarecista. La clase política dominante da la impresión de no haber comprendido que España y Portugal están sobre el volcán y que las trivialidades y los desplantes sólo divierten en muy específicas circunstancias. Pero cuando suena el timbre de la alarma estratégica, el juego político se hace exigentemente serio. Porque interesa a quien decide, el «Washington Post» ha advertido a los norteamericanos que la democracia española es un tremendo engaño, inmerecedora de mayores consideraciones. Aconsejo al enorme y costosísimo aparato burocrático del presidente del Gobierno que dedique con urgencia sus efectivos a estudiar el Watergate, pues la crónica del «Washington Post», acaso pueda significar el comienzo del Watergate español para el señor Suárez. ¿O no se han enterado de la presencia aquí del CCS y de la IIT?

Los dos argumentos fundamentales esgrimidos por el «Washington Post», han hecho sangre, mucha sangre, en el frágil costado del Gobierno y de sus aliados marxistas. Ambos dieron en la diana: la democratización española es sólo un castillo de naipes; no hay democracia, sino dictadura.

Respecto a la debilidad intrínseca del pretendido proceso democratizador, parece innecesario detenerse en detalles. Es algo tan conocido como los senos de algunas actrices. Pero sí conviene insistir, no obstante su evidencia, en el estilo dictatorial de la actual clase política.

El éxtasis de esa vocación dictatorial lo consigue ETA, que pretende llevar adelante el proceso político y la anexión de Navarra a tiro limpio. Pero tampoco se queda atrás el señor Tarradellas, que ha entrado en la Diputación de Barcelona como el caballo de Atila. Los ochenta millones recibidos del Gobierno, a costa de sudor físico de los españoles de a pie, parecen haberle llenado de energía. Se ha subido en el caballo de San Jorge, se ha calado la visera, ha enarbolado la lanza y, convertido en caballero del más poderoso detergente, la ha emprendido con las adherencias *fascistas*. «¡Cataluña por Tarradellas!», ha gritado, y el eco ha rebotado desde París y Moscú un clamoroso «Tarradellas y cierra Cataluña». Pueden prepararse las otras Diputaciones. El señor Tarradellas está dispuesto a no dejarse pisar por Leizaola.

¿Caerá el señor Suárez en la tentación de imitar también al señor Soares? El presidente del Gobierno portugués amenaza tontamente desde la descomposición y la ruina derivada de la incapacidad socialista para gobernar: «Nosotros o el caos». Me temo que el señor Suárez haya llevado ese mismo recado a algún oído asustadizo. Pero de la misma manera que Strauss respondió «Democracia o socialismo» a la falsificación brandtiana de «socialismo en democracia», aquí y en Portugal habremos de anticiparnos a advertir que el caos es el acompañante inseparable de tales ideologías componendas y gentes. Los que todavía creemos en España, los que poseemos un concepto profundo de la libertad, los que aspiramos a la autenticidad democrática, los que queremos evitar el hundimiento y rehacer nuestro bienestar destruido, hemos de pactar con energía un compromiso en esta hora envilecida: «Nosotros contra el caos.»